Página/12

ESCUELA PARA PADRES

19 Los chicos del Tercer Milenio

por Eva Giberti



Adolescentes (2da parte)



FOTO: DANIEL GUEMES

Eva Giberti

Licenciada en Psicología de la Universidad Nacional de Buenos Aires.
Psicoterapeuta.
Representante en Argentina de la Federación Internacional de Escuelas para Padres y Educadores (con sede en Francia).
Docente en universidades nacionales y latinoamericanas.
Asistente social, egresada de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA.
Codirectora de la Maestría en Ciencias de la Familia, Universidad Nacional de Gral. San Martín.
Dirige el área de adopción en la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires.
Sus libros *Escuelas para Padres* y *Adolescencia y Educación Sexual* agotaron todas las ediciones. Escribió, entre otros textos, *La adopción, Hijos del Rock, Política y Niñez* (en colaboración), *Incesto paterno filial. Tiempos de mujer.*
Es autora de numerosos ensayos y colaboraciones publicadas en **Página/12** y otros periódicos nacionales.

EDICION: *Marta Dillon*
DISEÑO: *Ros*
DIAGRAMACION: *Juliana Rosato*
ILUSTRACIONES: *Augusto Constanzo*

I.S.B.N.: 987-503-189-5
Impreso en el mes de octubre de 1999 en IPESA. Magallanes 1315 Cap. Fed.

Ante la duda...

Escuela para Padres agradece la cantidad de correspondencia que llega a esta sección, sin embargo, para responder con seriedad las preguntas que se refieren a síntomas o problemas de los niños, las niñas o las familias, es preciso recurrir a la técnica de entrevista. Las preguntas y respuestas que se editan en esta sección evidencian cuál es mi posibilidad de contestar: las que se refieren a temas que pueden interesar en general. Tampoco es tarea de *Escuela para Padres* asesorar a estudiantes y profesionales acerca de bibliografía. Responder a dichas demandas implica disponer de una cantidad de tiempo que no está previsto en la producción de los fascículos. Comprendo el interés de quienes escriben y agradezco la confianza que ello significa, pero agradeceré que, para no frustrarse por la falta de respuestas personales, quieran tener en cuenta esta advertencia.

¿Es importante el carácter de los padres en la crianza de los hijos? Mi marido siempre está deprimido...

Por lo general se supone que el "mal carácter" de los padres o de uno de ellos, en particular la violencia, tiene efectos nocivos en los hijos. La suposición es correcta, pero corresponde enunciar otra clase de riesgos, los que producen los padres con características depresivas, carentes de vitalidad, con dificultad para sonreír, para jugar con los hijos, con escasa paciencia y sobre todo con un aspecto taciturno permanente. Los hijos evalúan a ese padre o a esa madre como si fuera sumamente frágil y temen dañarla, lo que, en la pubertad y adolescencia conduce a que cuiden a esa madre o a ese padre más allá de sus responsabilidades y sientan culpa por independizarse. Cuando arriban a la adolescencia tienen dificultades para separarse de esa figura frágil, al lado de la cual experimentaron vivencias de soledad debido a lo taciturno y encerrado de su manera de ser. Son los padres con los que los chicos apenas pueden comunicarse porque se encuentran ensimismados, ajenos a lo que ocurre a su alrededor o por lo menos poco interesado en las conductas infantiles.
Son padres que precisan tratamiento porque los estados depresivos producen sufrimiento continuo además de perjudicar a quienes tienen a su alrededor difuminando un clima psicológico pesado, hostil y doliente. El acompañamiento psicoterapéutico alivia la situación y coadyuva para que esa persona pueda sentirse no sólo haciendo "algo" por sí mismo sino para su familia.

Eva Giberti

Las preguntas de los padres se podrán enviar por e-mail a lectores@pagina12.com.ar o por correo a Belgrano 673, (1097) Capital Federal.

Adolescencia, 2da parte

JULIETA GARCIA LENCI



Ustedes comprenden que por medio de dos Fascículos de Escuela para Padres no podremos encontrar todas las claves para entendernos satisfactoriamente con los adolescentes; la complejidad de esta etapa de la vida y las alternativas del mundo actual jaquean nuestras experiencias y nuestros conocimientos. Mucho de lo que vivimos y aprendimos no nos alcanza para dialogar con ellos, y a veces resulta insuficiente para orientarlos.

Describiré conductas que repiten sin que eso signifique que exista una esencia inmodificable de lo adolescente. Hay adolescentes diferentes entre sí que coinciden en determinadas prácticas sociales: las patotas, las bandas, los grupos deportivos, las tribus constituyen esos modelos que, a su vez, deben ser estudiados distinguiendo las diferencias entre varones y mujeres.

Las características comunes funcionan como ordenadores compartidos dentro de cada región o de cada cultura, la incertidumbre por el futuro laboral, las modalidades arrogantes y omnipotentes de la adolescencia. El poder que tiene la cultura que ellos fundaron y los riesgos que encierran las tristezas y las depresiones que pueden padecer. Por otra parte, modalidades propias de cada región como las vueltas olímpicas y las trasnochadas bolicheras.

Estas enunciaciones no pueden escamotear el potencial creativo de los adolescentes y sus conductas solidarias cuando se los convoca ni ignorar la diferencia entre la responsabilidad y el discernimiento en este período de la vida.

Incertidumbres

Las exigencias de un mundo laboral cada vez más complejo y excluyente enfrenta a los adolescentes con una incertidumbre de la que también participan los padres. Esto genera en los más jóvenes actitudes soberbias con las que pretenden desafiar al mundo y también depresiones a las que es necesario atender. De igual manera es importante advertir que aunque los adolescentes sienten a la noche como un terreno propio, ese es un mundo de adultos ideado para tentar a los chicos.



Si bien debo generalizar por razones periodísticas, recordemos a Bordieu citado en el Fascículo anterior sobre Adolescentes:
"Referirse a los jóvenes o adolescentes como si fueran una unidad social o un grupo constituido que tiene intereses comunes es una manipulación evidente".

Si hablamos de futuro encontramos que tanto adultos cuanto hijos comparten un tipo de incertidumbre que es diferente de la que se conoció hace décadas. Las incertidumbres forman parte de un sentimiento universal que no atañe exclusivamente a los adolescentes pero la actual se asocia con la escasez de oportunidades laborales, y la dificultad para insertarse en determinadas actividades debido a los requisitos que se solicitan: por ejemplo, idioma inglés y manejo de computación asociados con la escuela secundaria completa. En paralelo, cuando los adolescentes encuentran lo que les gusta, algunos padres lo evalúan como ridículo: lo saben bien los chicos que quisieron entrenarse como disc-jockeys o como productores de radio y tevé y quienes pretendieron instituirse como artesanos.

Cuando los padres eligieron para sí mismos una actividad laboral, recurrieron a lo que se denomina proceso identificatorio: parecerse a alguien admirado cuando se buscaba trabajo o repetir la experiencia de los padres. Innumerables adolescentes actuales privilegian como modelos a los líderes del fútbol, a los rockeros, a las modelos o conductoras de programas de tevé pero les resulta complicado formarse en esos rubros y encontrar trabajo a partir de esas vocaciones. Podrían apoyarse en su proceso identificatorio porque entonces aunque encontraran dificultades se sentirían sostenidos por las esperanzas que se autopropusieran; por ejemplo, aquellos que dicen: "Yo no gano plata suficiente pero hago lo que me gusta". Son quienes se sienten bien porque le encuentran sentido a sus carencias económicas, lo que se diferencia de sentirse explotado o humillado en el trabajo, porque supone "estar en algo" que los enorgullece. Pero temen no poder concretar el éxito de los modelos elegidos. Al lado de estos adolescentes, aquellos que trabajan en lo que pueden porque su aporte es fundamental para sostener a la familia.

LA ARROGANCIA Y LA OMNIPOTENCIA

Si algo molesta a los adultos cuando se enfrentan con los adolescentes es el modo en que se presentan ante el mundo en ejercicio habitual de arrogancia. O sea, se autorizan a sí mismos a ingresar en nuevos modelos de socialización mediante la soberbia. A veces se muestran como necios, como si estuviesen ciegos frente a determinados problemas o temas. Esta arrogancia no es ajena al déficit de proyectos laborales ni es ajena a la realidad social, proveedora de carencias, y a menudo funciona como defensa psíquica.

La arrogancia se articula con políticas desafiantes, permanentes y provocadoras. Esa provocación continua se advierte en el lenguaje que utilizan para defenderse, como si crearan un planeta propio: no se entiende lo que dicen y de ese modo inventan una marcación que los identifique como grupo o tribu. Se marcan como cuando recurren al tatuaje, como si crearan sus propias balizas.

Algunos intentan sustituir sus carencias asistiendo a programas de tevé en los que se concursa y los premios sustituyen imaginariamente esa falta de inserción laboral al mismo tiempo que propician la omnipotencia: todo se va a resolver de modo mágico e inesperado. Ingresan, sin saberlo, en una posición pasiva esperando recibir, como si imaginaran que el destino les debiese algo; de allí a la ilusión omnipotente de soluciones de aparición mágica que se observa en su

REFLEXIÓN: Prestar atención a los estados de ánimo de los adolescentes es una tarea de la familia y de la escuela, así como acompañarlos a realizar una consulta cuando se duda acerca de la importancia que podrían tener algunas alteraciones del estado de ánimo.

Algunos adolescentes se sumergen en estados de tristeza convencidos que de ese modo producirán lástima y amor. Intentan atraer al otro que les interesa mediante la compasión: en realidad se trata de un mecanismo autoerótico, de complacencia en ese malestar.

modo de estudiar: se "llevan" cinco materias a diciembre porque "¿para qué voy a estudiar durante el año? Después las preparo en una semana y listo".

DEPRESIÓN: ES PRECISO DIAGNOSTICARLA

Esa pasividad interior –que no siempre se expresa en su motricidad, en sus actos– suele traducirse en forma de apatía: se muestran sin ganas de cumplir con sus obligaciones, apatía que se enhebra con mecanismos de adhesividad, o sea, se adhieren a un familiar, a un amigo o amiga, o a un profesor y la salida de estos estados suele ser la explosión de violencia, como si se despertasen de golpe, o como si fuesen injuriados. A veces esos estados de apatía se exponen en el tiempo que transcurren delante de los videogames o caminando por la calle con el walkman encendido como si se movieran dentro de una caja aislante.

Estos comportamientos abren interrogantes acerca de la posibilidad de encontrarnos con un cuadro depresivo. La depresión es una categoría que padece la vulgarización del lenguaje: con frecuencia escuchamos "estoy deprimido..." en boca de quien trata de describir su malestar, que no necesariamente tiene que ver con la depresión. Resulta complejo hacer un diagnóstico diferencial entre un adolescente triste o ansioso y un adolescente deprimido.

1) El adolescente puede estar ansioso y al mismo tiempo deprimido (crisis ansiosa-depresiva). Entre otros signos siente angustia, le transpiran las manos, padece palpitaciones, crisis de llanto, miedo a la muerte, insomnios, desvalorización de sí mismo en los estudios, y suelen aparecer ataques de bulimia. Puede llevar a cabo intentos de suicidio mediante la ingestión de medicamentos. Este cuadro que puede durar dos o tres semanas reclama atención profesional para evitar que se instale:

2) un cuadro depresivo que se diferencia del mismo cuadro en los adultos. El adolescente aparece irritado, indiferente ante estímulos que antes le interesaban, responde con fastidio a cualquier pregunta y se lentifican sus movimientos corporales. Expresa ideas negativas sobre sí mismo/a o acerca de la vida y afirma "nadie me quiere", o bien "no sirvo para nada" y se aleja de sus amigos/as, o de sus prácticas deportivas, se advierte un retraimiento generalizado y suele referirse a su cansancio: "estoy cansado", frase que molesta a los familiares porque no ven motivo para fatiga alguna. Disminuye notablemente su rendimiento escolar debido a que le resulta sumamente difícil concentrarse; se acompaña permanentemente con ideas relativas a la muerte y al suicidio asociado con sentimientos de culpabilidad.

La psicopatología de los cuadros depresivos es múltiple y demanda atención y cuidado. Aun la tristeza que no llega a instalarse como depresión debe ser tenida en cuenta, lo mismo que el aburrimiento (tedio) permanente; no necesariamente se trata de caprichos o posturas de los adolescentes sino de reacciones dolorosas ante las sucesivas pérdidas por las que atraviesa: perdió su cuerpo de niño, la imagen de sus padres de la infancia (ahora descalificados), las ilusiones de la infancia, la esperanza de ser permanentemente alimentado por un pecho inagotable. A lo que se suman las exigencias de la realidad externa y el aprendizaje de un dolor moral (producto de desilusiones y desencantos) que hasta ese momento no conocía. También encontramos a otros adolescentes, los que se sumergen en estados de tristeza convencidos de que de ese modo producirán lástima y amor. Intentan atraer al otro que les interesa mediante los bostezos que exponen durante todo el día, pero se despiertan para la noche; fenómeno que cuenta con una facilitación social. Dejamos aquí esta galopada e in-



REFLEXIÓN: Cada familia encontrará el mejor sistema para explicarles a los hijos cuáles son las ventajas y las desventajas de esas trasnochadas, sabiendo que es difícil oponerse a la decisión grupal de los adolescentes manipulados por los "dueños de la noche bolichera" que conocen la tentación que la noche significa para los jóvenes.

IMAGE BANK

completa enunciación acerca de algunos datos referidos a la depresión, y veamos cómo el contacto con la noche puede llegar a sacarlos de sus bostezos.

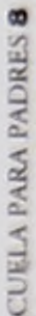
LA SUBORDINACIÓN DE LOS ADOLESCENTES

La noche tiene el sabor de sus propias producciones –sombras y escondites– y sobrelleva el clima con que sus habitantes la impregnan: el rumor enamorado de las parejas, la tensión de los hospitales insomnes o el claroscuro de las ventanas con ritmo de fiesta.

A estos tradicionales habitantes de la noche se sumaron –durante los últimos años– adolescentes que eligieron vivir sus ensueños caminando por las calles o bailando en los boliches. Apropiarse de la noche les resulta tan fascinante como poseer un misterio maravilloso que sólo se puede descifrar entre ellos. Pero, en realidad, ese misterio fue copado por quienes les venden una noche que ya no les pertenece. No obstante, los adolescentes mantienen entre ellos la identidad de "piolas que se las saben todas" (como viene sucediendo en sucesivas generaciones). Algunos han incorporado la adquisición de droga y también suponen que hartarse de alcohol significa consagrarse como adultos de avanzada.

Esta política que moviliza a los adolescentes es una "brillante" producción de los dueños de la noche, que no son adolescentes y deciden quién ingresa a un boliche y quién no puede hacerlo. Eso que se llama el derecho de admisión regulado por cánones precisos (color de la piel, estilo de ropa, silueta).

Me parece que muchos padres se paralizan porque las hijas saben más que ellos acerca de transgresiones y excesos nocturnos. Las adolescentes se cobijan en esa noche que los padres ignoran y que les crea el padecimiento de una curiosidad inesperada: ¿Qué es lo que ocurre entre las propias hijas y esa gente de la noche que tal vez algunos padres anhelarían conocer? Ante la adolescente que desafía: "¿Qué tiene de malo salir de noche? ¿Qué tiene de malo probar droga?", no resulta eficaz una prohibición parental que anule los fines de semana. Pero sí cabe preguntarse por qué tantos padres parecen inermes o divertidos ante esta nueva filiación que fundaron los adolescentes que salen de madrugada imaginándose que ése es un modo de ganar autonomía, a pesar de la discriminación de la que son víctimas cuando se les niega el ingreso a un boliche. En lugar de ganar en autonomía se subordinan a la discriminación porque no pueden negarse a formar parte del grupo de amigos porque entonces éstos los descalifican.



Poder joven

IMAGE BANK

Cerré el Fascículo anterior hablando del poder de los adolescentes: ellos son quienes llenan los estadios ante la visita de las estrellas de rock, así como son ellos los que transitan por las calles de las grandes y de las pequeñas ciudades adueñándose de las noches y de las madrugadas durante los fines de semana. Además, ¿quiénes promueven la venta de determinadas remeras, de determinadas zapatillas, de determinados compacts? Los adolescentes. ¿Quiénes preparan su viaje de "fin de curso" con un año de anticipación y generan empresas destinadas a trasladarlos? Los adolescentes. ¿Quiénes ocupan centimetrajes centrales en las páginas de diarios y revistas, ya sea porque se editan programas de tevé con sus historias de vida, o porque protagonizan hechos de diversa índole: premios internacionales o transgresiones de la ley? Los adolescentes. ¿Quiénes acumulan muertos en sus filas por "errores" policiales? Los adolescentes.

Cuando se redactaron los códigos que rigen las leyes de nuestro país, cuando se diseñaron políticas educativas o sanitarias todo lo que acabo de enunciar no sucedía. Tampoco cuando la familia y la escuela podían regular sus vidas. Eran otros adolescentes aquéllos, porque el mundo era otro. Los adolescentes actuales si se los compara con aquellos que vivieron hace décadas cometen transgresiones más violentas. También se mueren enfermos con sida, lo que no ocurría hace treinta años. El poder de la cultura adolescente es desconcertante por ajeno e imprevisible; es un poder que contiene la alegría y la desfachatez de los jóvenes, y el desencanto precoz y peligroso de los frustrados.



REFLEXIÓN: Los adultos se inquietan ante el poder de los adolescentes que constituye un fenómeno cultural de la segunda mitad del siglo, y con frecuencia los juzgan negativamente como defensa ante el desconcierto que la adolescencia produce.

Libido y conocimiento

Es evidente también para los adolescentes que su propia subsistencia en el futuro depende de la instrucción que reciban. Sin embargo, es tarea de la escuela despertar en ellos el interés por los contenidos mediante técnicas que los incluyan como sujetos activos. Es fundamental que, tanto los profesores como los padres sean capaces de escucharlos sabiendo que no son predecibles y que la categoría histórica de ser hijos, es cambiante e incorpora en las familias nuevos conocimientos que muchas veces se contraponen con los modelos parentales.



Si hablamos de aquello que los subordina cabe revisar las insurrecciones actuales, por ejemplo las que los adolescentes inauguraron en los colegios secundarios.

"¡Por favor! ¡Ni me cuente! Yo soy profesora de un secundario y no consigo que atiendan en clase; y si me descuido me faltarían el respeto, como hicieron con otras profesoras...!", sintetiza la exclamación de una docente cuyas palabras representan a muchas otras. "¡No se puede con ellos!", es la expresión que escucho con frecuencia.

En otro nivel subrayo una índole de relación que se estableció entre algunos padres y algunos colegios cuando los adultos proceden como si sus hijos fuesen yacimientos de virtudes, originalidades, razones, derechos y encantos y que, por lo tanto les corresponde ejercer pautas de convivencia inventadas por ellos, aunque éstas vulneren la distancia necesaria entre los adolescentes y sus profesores.

Escucho a los padres apoyando los argumentos con los que se pretende justificar los procedimientos que sus hijos ponen en práctica cuando actúan vandálicamente en la escuela, o cuando utilizan expresiones soeces contra sus profesores. Estos padres depositan en sus hijos la responsabilidad de producir un cambio social en el área de la educación y en lugar de coadyuvar ellos como adultos a cambiarla, rehacerla o mejorarla, avanzan contra el magisterio y sus autoridades, convencidos de que ése es el mejor modo de amar y comprender a sus hijos. De este modo confunden los niveles de análisis como ocurre por ejemplo con las denominadas vueltas olímpicas que se consideran tradicionales porque tienen su propia historia: pero esa historia comenzó a funcionar cuando los adolescentes no insultaban de frente a los profesores, cuando no se atrevían a treparse en las butacas de los cines y teatros durante un concierto de rock, porque no había rock, cuando los adolescentes no trasnochaban rutinaria y compulsivamente en grupos, cuando la relación con sus familias podía ser conflictiva pero no recurrían a la marihuana para "aliviarse" porque no contaban con ella.

¿TRADICIÓN?

El origen de una tradición forma parte del área de sucesos fundacionales en la que fue creada, y la repetición de la misma, destinada a mantenerla, se inscribe en la historia de las costumbres y funciona de acuerdo con los ritmos cronológicos. La tradición se mantiene en tanto y en cuanto no desvirtúe su origen, para lo cual es preciso recordarla respetando su entorno original; cuando se la adapta a los ritmos de cada época y por lo tanto se introducen variantes en su transmisión se impone una costumbre derivada de una tradición pero diferente de ella. Cuando los adultos les dan letra a los adolescentes para que avalen destrozos destinados a festejar un fin de curso argumentando prácticas tradicionales, se los conduce a un equívoco; se los engaña y se bloquea la posibilidad de que ellos utilicen sus convicciones. "Vamos a dar la vuelta 'posmo' (posmoderna) como despedida. Tenemos que romper e insultar porque el mundo escolar que dejamos fue una porquería; y el mundo en el que ingresamos, mandado por los adultos, es otra porquería." Este podría ser el pensamiento de muchos adolescentes que después de haber ejercido sus violencias ensayan defenderse ante las sanciones argumentando como tradicionalistas en lugar de fundamentar su conducta como transgresora: ellos quieren transgredir y una vez que lo lograron, desbordándose, quienes les dan letra les enseñan a renegar de lo que hicieron utilizando como argumento la ritualidad de las tradiciones. O sea, que también se

REFLEXIÓN: No es fácil reflexionar acerca de este pasaje del pacto -con cuyo modelo fuimos educados- al contrato. Tampoco será fácil convencer a los adultos acerca del tema. Tampoco será sencillo que los adolescentes entiendan que contrato implica responsabilidades. No obstante es importante y valioso ensayar algún camino prometedor para transitar este pasaje.

ADRIAN PEREZ

instituye la burla a la tradición; porque hablar de una vuelta olímpica tal como entre nosotros se realiza, significa equivocarse de siglo y de cultura, es confundir a los Griegos con Atila.

Cuando comento los hechos de este modo, los padres primero se enojan y después me preguntan: "¡Pero si ellos confiesan que querían romper e insultar por cuenta propia serían sancionados!". La sanción les llegó igual aunque sería preciso discutir su alcance; pero en cuanto a su pretensión de ser adolescentes transgresores perdieron la oportunidad de saberse oficiantes de violencias sin sentido, porque terminan encaramados en los argumentos que defienden su derecho a ser tradicionales. Pretenden ser transgresores pero cuando la transgresión se cobra su precio –quedarse libres por ejemplo–, retroceden buscando justificativo en la tradición. O sea, generan una paradoja que bordea lo ridículo, alimentada por quienes les aportan letra tramposa que ellos repiten. A esta altura de mi argumentación, los padres que defienden el justificativo de la tradición trasladan la discusión conmigo a la sanción que promovieron los colegios, es decir, dejan de hablar de la violencia de los adolescentes para referirse a la violencia de las autoridades buscando aliviarse de la ira que les produjo haber comprendido el enfoque que les propuse. Los adolescentes con los que hablé acerca del tema coincidieron en el reconocimiento de la paradoja y aunque persistiendo en su derecho a estas "olimpíadas" empezaron a pensar que no se trata de eludir sus pulsiones destructivas, pero sí de elegir otros caminos para expresarlas, por ejemplo, organizar un foro de fin de curso en el que pudieran decir todo cuanto les resulta insoportable por parte de las autoridades, de los profesores, de los programas, de la vida en general. Estrategia que traslada los códigos de acción (romper o estropear objetos) al código simbólico de las palabras. "Mirá, no sé si a mí me va a alcanzar con hablar", me dijo un adolescente. Respuesta que indica el trabajo que tienen por delante los profesores y los padres de estos adolescentes que confiesan no saber qué hacer con su capacidad destructiva.

Claro que existen otros mundos, que existen otros adolescentes y que existen otros padres: ustedes seguramente se cuentan entre ellos. Pero pensando en otras necesidades puede ser útil incorporar la actual Teoría de la Conversación aplicada en la escuela.

ESTRUCTURAS DISIPATIVAS Y TENSIONES PROMETEDORAS

Los adolescentes suelen ser impredecibles, circunstancia que marca una diferencia con lo que históricamente pretendió la escuela: que fuesen predecibles.

Los adolescentes comprenden que deben estudiar para subsistir en el mundo tal como éste se anuncia. La dificultad que ellos plantean reside en que no les gusta ese mundo al cual van a ingresar aunque les fascina la convocatoria tecnológica que les permite avanzar exitosamente en computación, en el manejo de aparatos eléctricos de todo tipo y también asomarse a la realidad virtual y a los infoespacios; pero aun los adultos que pueden proveerles dichas tecnologías –porque son quienes las compran– aparecen ante los ojos juveniles como "nabos" desactualizados.

La pedagogía espera que los docentes, mediante sus enseñanzas, promuevan libido, expresión psicoanalítica que para este ejemplo se traduciría como energía o entusiasmo hacia el aprendizaje. Aprender ¿qué? Los adolescentes no acuerdan en cuanto a los contenidos de los programas pero creo que el enfrentamiento con ellos pasa por otras latitudes, no sólo por la currícula.

Ellos *admiran a quienes logran crear tensiones capaces de desactivar el equilibrio social y cultural organizado por los adultos* dentro del cual se aspira a que ellos crezcan y se muevan. Prigogine, uno de los investigadores en Ciencias Físicas más importantes de este siglo, expone una tesis que puede avalar este anhelo adolescente cuando observa que, lejos de las situaciones caracterizadas por un equilibrio habitual surgen espontáneamente nuevos tipos de estructuras que él denomina disipativas. Para que aparezcan es necesario inyectar energías en los sistemas, o sea, crear tensiones. Si asociamos este planteo con lo que puede suceder en las aulas, reconoceremos que las tensiones suelen ser provocadas por los alumnos, y no en calidad de creación disipativa, si por disipativo entendemos la posibilidad de hacer desaparecer una duda, o de desvanecerla; en todo caso los procedimientos de los alum-

JULIETA GARCÍA LENZI

nos a veces se acercan más a la segunda acepción de disipar, la que corresponde al participio disipado: "entregado con exceso a los placeres y diversiones".

Pueden crearse tensiones creativas cuando lo que se explica o se les responde les produce asombro, fenómeno ligado al mayor o menor interés que pueda suscitarles determinado conocimiento; lo mismo ocurre con el modo de entablar diálogos con ellos debido al estilo que se utilice para enseñar: la rigidez fracasa y el acercamiento demagógico también.

Los adolescentes no tardan en darse cuenta del poder que tienen sobre los profesores que titubean antes de dar una orden o de marcar una directiva. Y advertir que se puede manejar a un profesor es el mejor camino para desatar violencias y desórdenes: el peor de todos es el que deja a los adolescentes a merced de sus impulsos agresivos subordinados a su necesidad de sobresalir ante sus pares. En esas circunstancias se generan mecanismos de contrapoder que ellos gestan mediante el desborde de las pulsiones de apoderamiento que los conduce a apropiarse del orden que debe funcionar en el aula, y una vez que avanzaron sobre ese orden sustituyen el poder del profesor que regula la disciplina por el poder de ellos, que también debe regularla. Pero en vez de construir un proceso que desde otra lógica facilite el aprendizaje y la convivencia, se posicionan en el extremo opuesto de quien tiene poder, que es el lugar del docente al cual suponen que deben superar mediante el desdén o la burla. No logran retroceder y se angustian porque esa pulsión hostil los mantiene adheridos al "éxito" del desorden que generaron. Se encierran a sí mismos en dicha indisciplina de la que no saben cómo emigrar una vez puesta en marcha.

TEORÍA DE LA CONVERSACIÓN

Las indisciplinas violentas son la antítesis de las nuevas formas de equilibrio entre profesores y alumnos que puede construirse mediante el manejo de las tensiones creativas que resultan del intercambio dialogal. La mención de dicho intercambio podría interpretarse como una obviedad, puesto que el mismo constituye el caracú del aprendizaje y su dinámica es conocida suficientemente. Lo que pretendo introducir es la dimensión del asombro y del desconcierto que producen determinados conocimientos así como el modo de responder a las paradojas que con frecuencia utilizan los adolescentes; esta dimensión es la que nos permite a los adultos marcar la diferencia entre nosotros y ellos, más allá del contrato que pueda ensayarse (Ver Fascículo Adolescencia 1).

Las técnicas de conversación desarrolladas por los investigadores franceses y estadounidenses denuncian el déficit en la comunicación dialogal, ya que la comunicación entre los seres humanos se puede convertir en una ficción. Se conversa mientras al mismo tiempo se mi-





ra la pantalla de la tevé, por ejemplo; la simulación rige las conversaciones sin que quienes lo hacen tengan suficiente registro del hecho pero trasunta lo poco que interesa la persona con la que se dialoga.

Este fenómeno no es ajeno a la afirmación adolescente al evaluar algunas clases: "Me aburro", que equivale a "No me interesa", y constituye la antítesis de la tensión creativa. Es necesaria la presencia de esta tensión para generar un nuevo equilibrio en la atención y en el interés de los alumnos; la aparición de esa tensión abre el espacio psíquico que la sorpresa les provoca y que precisamos para incorporar conocimientos. Las sorpresas pueden llegar desde los diálogos entre profesores y alumnos al utilizar de modo técnico la conversación ya que ésta es un procedimiento que permite crear una identidad derivada de su ejercicio. Claro que para conversar es preciso prestarle atención a lo que el otro dice, cómo lo dice y según sea el modo con que recibe nuestras respuestas, es decir, hay que disponer de tiempo y paciencia. No siempre es posible en el aula pero interesa ensayarlo inclusive en la casa, cuando se conversa con los adolescentes. Este punto se empalma con otro, que aparece reiteradamente en el consultorio:

¿CON QUIÉN VOY A HABLAR?

"¿Con quién voy a hablar? Los hijos no son para que los escuchen", afirmó un adolescente. Esa frase definía lo que consideraban una característica de la relación con sus padres y sintetizaba el contenido de una vivencia compartida entre los y las adolescentes. Algunos adultos suponen que ser hijo es una categoría biológica, sostenida por las leyes que corresponden a la filiación. Pero esta descripción está incompleta: *ser hijo es una categoría histórica* y por lo tanto implica una posición cambiante y no fija; ese sujeto creará e incorporará nuevos conocimientos que no necesariamente serán compartidos por su familia, y que tal vez tampoco coincidan con un buen número de pautas convencionales.

"¡¡¡Pero ser hijo siempre fue lo mismo!!! ¡¡¡Ahora será histórico, pero un hijo siempre es un hijo!!!", es la refutación que se enarbola inmediatamente. La diferencia reside en que si los padres entienden que la condición de hijo está enlazada con los hechos históricos de cada época, será menos complicado entender que los hijos no necesariamente quieran reproducir el modelo parental. Los hijos son ciudadanos, hombres y mujeres con necesidades y anhelos que sobrepasan las expectativas parentales cuando éstas se estrechan en una concepción tradicional de lo que significa ser hijo o hija. Esta nueva perspectiva permite registrar cuáles son las representaciones e ideas que ellos tienen acerca del poder, las leyes y las transgresiones. ¿Cuáles de esas ideas habrán sido transmitidas por sus familias? Recordemos las espectaculares peleas entre padres e hijos que finalizan con la expulsión filial: ¡¡¡No sos más mi hija!!!", expresión exasperada que el padre o la madre ensayan contra la hija que procedió en desacuerdo con las ideas de la familia, en un intento imposible de desnacerla.

Esta índole de discusiones forma parte de las escenas que a veces se dramatizan en mi consultorio y que demandan una cuidadosa revisión de los vínculos familiares, porque el sentimiento de culpa suele ensañarse con los padres que maldicen a sus hijos o que reniegan de ellos.

Las drogas ausentes

El consumo de drogas es uno de los temas que más preocupa a los padres y es su responsabilidad –como la de cualquiera que conviva con un adolescente– poder dialogar con los hijos sobre esta preocupación sin menospreciar sus conocimientos ni intentándo cuidarlos como si todavía fueran bebés.

Cómo, ¿va a terminar el fascículo sobre adolescentes sin mencionar las drogas?", pregunta que podría aparecer. Hablar acerca de las drogas es una tarea que forma parte de la responsabilidad de los adultos que conviven con los adolescentes. Y en cada circunstancia mejor es empezar por averiguar lo que ellos saben; por lo general sorprenden a los adultos porque conocen quiénes las distribuyen cerca de ellos, de qué calidad es la droga, cuánto cuesta, quiénes se hacen los distraídos cuando la ven pasar, cuáles son los efectos de cada una, cómo se combinan los psicofármacos con alcohol, quiénes son sus compañeros que "se dan", cuáles los que consiguieron probar y salir, es decir, poseen información; de lo que pueden carecer es de conocimientos técnicos acerca de los efectos que diferencian dependencia y adicción. También carecen de datos ciertos acerca de lo que significa "salir cuando uno quiere". Son los adultos los que deben disponer de datos, bibliografía que les permitan dialogar con los adolescentes sin aparecer como zonzos y desinformados. Mi experiencia en este tema es concreta: al hablar con ellos en grandes grupos siempre surge el mismo comentario: "Los viejos hacen como que no pasa nada", o bien: "Los viejos no se interesan hasta que uno se cae tirado en medio de la calle". En paralelo cuentan todo lo que saben y además preguntan cómo ayudar a tal o cual compañera que "se metió" y ahora no sabe qué hacer. Solicitud que en algunas regiones se complementa con: "Esta es una ciudad chica, si cualquiera va al hospital para que lo atiendan por drogas, todos se enteran. Por eso los viejos no te llevan".

Podemos conversar acerca de las drogas y explicar cuáles son los grados de sometimiento que producen. Y comparar los efectos de diversas sustancias intentando que los adolescentes ingresen del lado de quienes no precisan de la droga para sentirse bien, del lado de los que se aguantan si se sienten mal o de los que solicitan otra clase de ayudas. Lo que parecería no dar resultados es amedrentarlos y tratarlos como si fueran bebés a los que es preciso cuidar.

"Sí, pero los adolescentes ahora son responsables, y saben discernir entre el bien y el mal." Discernir quiere decir separar, diferenciar y en cambio ser responsable significa que alguien está dispuesto a cumplir con las obligaciones que le incumben. O sea, no son términos equivalentes. Se puede discernir entre el bien y el mal y no ser responsable y viceversa, ser responsable pero tener confundidos el bien y el mal. Se puede cumplir responsablemente con la ejecución del mal: la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada).

Los adolescentes pueden ser responsables y capaces de discernir de acuerdo con la madurez de cada uno, pero responsabilidad y discernimiento precisan un entorno para entrenarse y adultos que crean en la bondad y en la necesidad de transmitir a los adolescentes esas capacidades. ¿Comprometemos cada uno de nuestros días en esa tarea?

En vísperas de cerrar el último Fascículo de esta Escuela para Padres, reconozco que particularmente en el tema adolescencia quedan pendientes puntos cruciales, en especial los que analizan diversas patologías y alteraciones de la adolescencia actual. También las variables que corresponden a la sexualidad, a la vocación, a la solidaridad que los adolescentes son capaces de poner en juego. Preferí seleccionar temas nuevos o de aparición no habitual en los medios y exponerlos como contribución al conocimiento de los y las adolescentes.



EN EL PROXIMO FASCICULO

LA FAMILIA:

* LA TRANSFORMACIÓN DEL MODELO FAMILIAR.

* EL PAPEL DE LAS NUEVAS TÉCNICAS REPRODUCTIVAS.

* SECRETOS FAMILIARES.

* LA IRRUPCION DEL GENERO EN LA ESTRUCTURA FAMILIAR.

* LOS ABUELOS.
